

ROBIN MCKINLEY

Traducción de María Otero González



Título original: *Sunshine*
Primera edición

© 2003, Robin McKinley

Diseño de cubierta de Heisenbad Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2014, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

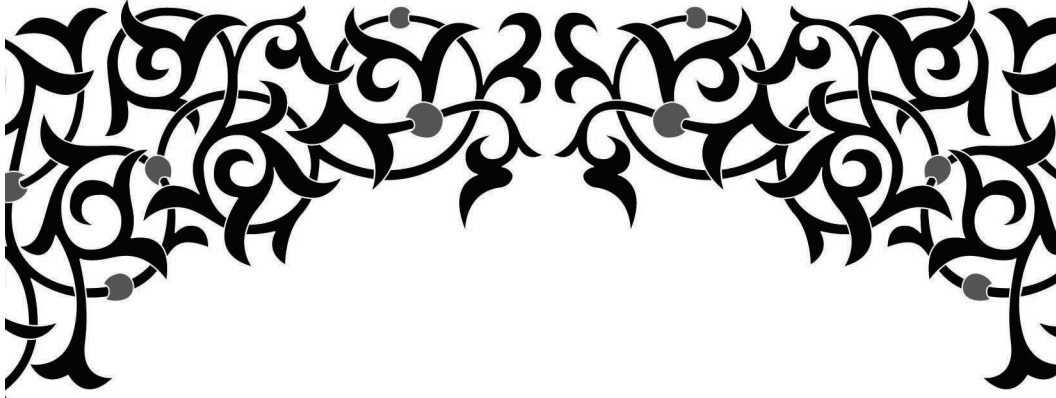
informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

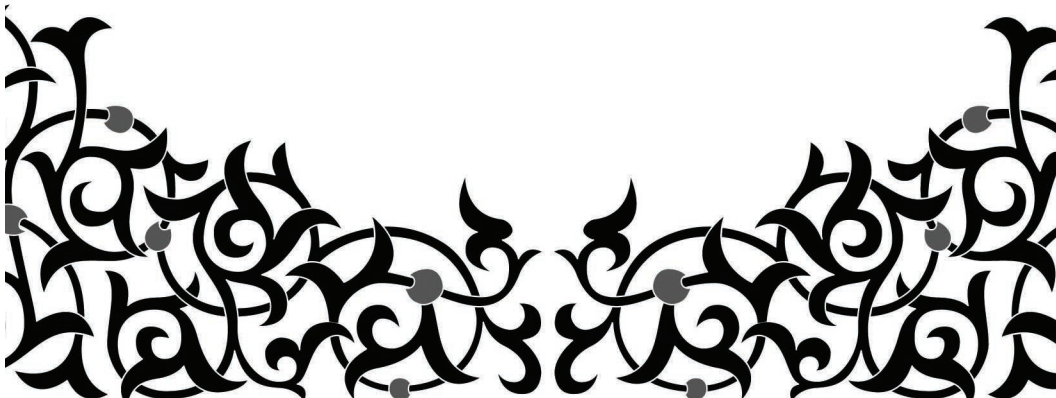
ISBN: 978-84-9018-642-8 Depósito Legal: M-23085-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Para Peter,
mi Mel y Con en un mismo pack.
¿Soy o no soy una suertuda?



• •• • •• •• •••



Había sido una estupidez, pero tampoco era para tanto. No había ocurrido nada en el lago en años. Y estaba tan deliciosamente alejado del resto de mi vida.

La noche de los lunes era nuestra noche de pelis, porque celebrábamos haber sobrevivido a otra semana. Los domingos por la noche cerrábamos a las once o a medianoche y nos arrastrábamos hasta casa moribundos, y el lunes (salvo algunas fiestas nacionales) era nuestro día libre. Ruby va los lunes con su cohorte de guerreros y asola la cafetería con todo tipo de tecnología puntera de limpieza con la que lograría la sumisión del mismísimo Godzilla: esas mentes militares unicelulares jamás se plantean pedir ayuda a su personal de limpieza en lo relativo a gigantescas y letales criaturas depredadoras. Gracias a Ruby, el café de Charlie es probablemente el único lugar de todo el casco antiguo donde se está a salvo de las cucarachas locales, que son del tamaño aproximado de las ardillas. Se las puede oír desplazándose a paso ligero por los adoquines de la calle.

Habíamos empezado la tradición de las películas siete años atrás, cuando comencé a levantarme a las cuatro de la mañana para preparar el pan y la repostería. Nuestros primeros clientes llegan a las seis y media de la mañana y quieren nuestros «rollos de canela grandes como cabezas» y yo soy quien los prepara. Dejo la masa reposar por la noche para que crezca y esta me aguarda enorme y esponjosa cuando llego a las cuatro y media de la mañana. Para cuando Charlie llega a las seis para preparar el café y abrir la caja (y, durante la mayor parte del año, sacar a rastras las mesas de la terraza por el callejón) ya se huelen en el horno. Uno de los subalternos de Ruby llega todos los días a eso de las cinco para barrer y limpiar. Salvo los martes, cuando la cafetería está reluciente y yo me agencio una tendinitis intentando convencer

a la masa, tiesa y arisca tras treinta horas de refrigeración, de que es hora de soltarse un poco.

En mi universo, Charlie es uno de los buenos. Me subió el sueldo cuando acabé el instituto (cosa que hice por los pelos y gracias a la intercesión de mi subversiva profesora de lengua) y comencé a trabajar para él a jornada completa para poder permitirme vivir sola y, lo que es más importante, habló con mamá para que me dejara.

Pero levantarse a las cuatro de la mañana seis días a la semana limita y mucho tu vida social (aunque, como a mi madre le gustaba recalcar cada vez que estaba de mal humor, si aún viviera con ellos, podría levantarme a las cuatro y veinte). Al principio, los lunes por la noche éramos solo nosotros: mamá, Charlie, Billy, Kenny y yo, y en ocasiones uno o dos de los incondicionales de la cafetería. Pero, con los años, los lunes de peli habían evolucionado y en la actualidad asistía prácticamente cualquier trabajador de la cafetería que quisiera pasarse, además de algunos de los clientes que se habían convertido en amigos. (Conforme Billy y Kenny fueron haciéndose mayores, la calidad de las películas también mejoró. El primer lunes en que se proyectó una película no apta para todos los públicos, abrimos una botella de champán).

Charlie, que no sabe estarse quieto y al que le gusta hacer chapuzas en casa en sus días libres, había ido tirando poco a poco todas las paredes de la planta baja para que la creciente muchedumbre cupiera con holgura. Pero eso era todo: mi vida entera guardaba relación con la cafetería. Mis únicos amigos eran el personal de esta y los clientes habituales. Empecé a salir con Mel porque estaba soltero, era bien parecido y también el ayudante de cocina de lunes a viernes en la cafetería, con ese interesante aire de chico malo que tiene una moto y demasiados tatuajes y al que no se le conocían pegas importantes. (Baz también era soltero y atractivo, pero siempre había habido algo sospechoso en él, misterio que se resolvió por sí solo cuando Charlie lo pilló con las manos en la caja registradora). Yo era feliz trabajando en el obrador de la cafetería. Pero a veces cuando salía de ella sentía que quería tener algo más.

Mamá había estado especialmente de mal humor esa semana, cortante y brusca con todos salvo con los clientes, aunque tampoco es que los viera mucho, pues se pasaba todo el día en el despacho ocupándose del papeleo y poniendo en su sitio a cualquiera de nuestros proveedores

que no se estuviera comportando como es debido. Yo había estado teniendo problemas con mi coche y me estaba quejando de la factura del taller a todo aquel que me quisiera escuchar. Era obvio que mi madre había oído la historia más de una vez, pero yo también tenía que aguantar cada semana las andanzas de su peluquera (tanto ella como Mary y Liz iban a Lina, me da en la nariz que para poder quedar después y cotillear de su vida amorosa, que era de lo más fascinante). Pero el domingo por la tarde me oyó contárselo a Kyoko, que había estado enferma y tenía que ponerse al día de lo ocurrido durante sus cinco días de baja, y mi madre perdió los nervios. Empezó a gritarme que si aún viviera en casa, no necesitaría ningún coche, y que estaba preocupada por mí porque siempre parecía cansada, y que cuándo iba a dejar de pasarme el día soñando y me iba a casar con Mel y tener hijos. Suponiendo que Mel y yo quisiéramos casarnos, algo que en ningún momento se había hablado. Me pregunté cómo se lo tomaría mi madre cuando se presentaran en la boda los miembros restantes de la antigua banda motera de Mel (es decir, los que aún seguían vivos), con sus melenas y sus Roc y Griffin (hasta Mel tenía aún una Griffin para las ocasiones especiales, aunque perdía aceite a raudales) y sus problemas de actitud. Jamás se habían presentado en bloque en la cafetería, pero se harían notar en el tipo de boda que mi madre esperaba que tuviera.

La respuesta obvia a la pregunta de los niños era ¿quién va a cuidar del bebé si me tengo que levantar a las cuatro de la mañana para hacer los rollos de canela? Mel tenía un horario tan horrible como el mío, especialmente desde que había sido ascendido a jefe de cocina después de que Charlie se hubiera visto obligado (por votación unánime a mano alzada) a aceptar que o bien delegaba alguna tarea o acabaría cayendo muerto por agotamiento. Así que ponerlo a él de amo de casa no era la respuesta. Pero lo cierto era que yo sabía que mi familia lo habría solucionado. Cuando una de nuestras camareras se quedó embarazada, su novio se marchó de la ciudad y su familia la echó de casa, mi madre y Charlie la acogieron y todos hicimos de niñeras por turnos, dentro y fuera de la cafetería (acabábamos de librarnos de Evie, la hermana de mi madre, y sus cuatro hijos, que habían estado en casa durante casi dos años, así que una madre y un bebé eran una nimiedad en comparación. Especialmente después de tener a Evie en casa, que era una inútil profesional). Barry cursaba ahora segundo de primaria y

Emmy iba a casarse con Henry. Henry era uno de nuestros clientes habituales, y Emmy seguía trabajando como camarera para nosotros. La cafetería es así.

Me gustaba vivir sola. Me gustaba el silencio y que nada se moviera salvo yo. Vivía en la planta de arriba de una antigua y enorme granja en las lindes de un parque federal. Mi casera vivía en la planta de abajo. Cuando había ido a ver la casa, aquella anciana (tan alta, espigada y con una mirada penetrante que parecía atravesarte) me había mirado y había dicho que no le gustaba alquilársela a «jóvenes» (había pronunciado esa última palabra como cualquiera hubiera dicho «vómito de perro») porque tenían unos horarios muy malos y hacían ruido. Me gustó de inmediato. Le expliqué con humildad que en efecto, mis horarios eran muy malos porque tenía que levantarme a las cuatro de la mañana para hacer rollos de canela en la cafetería de Charlie, tras lo cual dejó de fruncir magistralmente el ceño y me invitó a entrar.

Me había llevado tres meses desde mi graduación que mi madre considerara siquiera la posibilidad de dejarme emanciparme, y eso con la ayuda de Charlie. Seguía leyendo a hurtadillas los anuncios de apartamentos en alquiler de los periódicos y llamando cuando mi madre no estaba cerca. La mayoría de los que entraban dentro de mi presupuesto eran terribles. Ese apartamento, situado en la tercera planta y al lado del granero de aquella casa llena de rincones y recovecos era perfecto, y la anciana tuvo que ver que hablaba totalmente en serio cuando lo dije. Pude sentir cómo se me iluminaba la cara cuando abrió la puerta, tras un segundo tramo de escaleras, y vi el sol entrar en todas direcciones. El balcón de la sala de estar, no muy grande por culpa de la vieja plataforma del granero, pero con vistas al jardín, aún no tenía cortinas.

Para cuando firmamos el contrato de arrendamiento, mi futura casera y yo ya íbamos camino de convertirnos en amigas, si es que se puede ser amiga de alguien que con su sola manera de caminar te hace sentir como un trol. Tal vez fuera solamente curiosidad: sin duda había algo misterioso en ella, hasta su nombre era extraño. Extendí el cheque a nombre de «Señora Yolande». Ni Smith ni Jones o Fitzalan-Howard o cualquier otro apellido. Únicamente señora Yolande. Pero siempre era de lo más agradable conmigo y también tenía sus debilidades: le llevaba comida de la cafetería y ella se la comía. Tengo ese gen dominante, esa necesidad de cebar a la gente que creo que hay que tener

para sobrevivir en todo pequeño negocio de hostelería. No lo haces por dinero o por las horas. Al principio lo hacía de vez en cuando, pues no quería que se percatara de que estaba intentando cebarla, pero le gustaba tanto y se mostraba tan agradecida que se acabó convirtiendo en algo habitual. Poco tiempo después me bajó el alquiler (que tengo que admitir que fue como un regalo caído del cielo, pues por aquel entonces ya había descubierto lo caro que me iba a salir tener coche) y me dijo que omitiera el «señora».

Yolande me había dicho también tras mudarme que era bienvenida en el jardín siempre que quisiera, solo estábamos ella y yo (y la valla electrificada para los ciervos) y de tanto en tanto su sobrina y las tres hijas pequeñas de esta. Las niñas y yo nos llevábamos bien porque eran de estómago agradecido y para ellas el poder estar tras la barra de la cafetería era lo más emocionante del mundo. Bueno, yo recordaba que sentía lo mismo cuando mi madre empezó a trabajar para Charlie. Pero, una vez más, así es la cafetería en acción: arrastra y engulle a la gente. Creo que la única que ha conseguido resistirse a esa fuerza irrefrenable es Yolande, pero claro, yo le llevaba pasteles prácticamente todos los días.

Por lo general me las apañaba para que el temperamento de mi madre no me afectara. Pero últimamente había sido demasiado. Mi madre es la que suele llevarse la peor parte de los desastres acontecidos en la cafetería, porque es la que se encarga del dinero y la gestión y también de tareas como, por ejemplo, contrastar las referencias de la gente que enviaba sus currículums, algo que Charlie no se molestaba en hacer; pero ella no es de las que hacen frente a los problemas con tranquilidad y en silencio. Esa primavera habíamos tenido que afrontar unas costosas reparaciones tras descubrir, después de que un rincón del techo de la cocina principal se viniera abajo una tarde, que ahí había una humedad desde hace meses; además, uno de nuestros proveedores de la panadería se había declarado en bancarrota y no encontrábamos otro que nos gustara; y dos de nuestros camareros y otro de la cocina se habían marchado sin avisar. Además, Kenny había cumplido catorce años en otoño y estaba holgazaneando y poniéndose hasta arriba en vez de estudiar. No estaba holgazaneando ni poniéndose más de lo que yo había hecho, pero no era muy bueno en eso de mantener un perfil bajo. Sí que era muy brillante, mis dos hermanastros lo eran, y mi madre y Charlie tenían muchas esperanzas puestas en ellos.

Siempre había sospechado que Charlie había sido quien me había relegado del puesto de camarera, que me aburría hasta decir basta, y me había dado una ocupación real en la cocina para enderezarme. Solo tenía dieciséis años, así que era joven para ello, pero en el pasado ya me había dejado que le echara una mano alguna que otra vez, por lo que sabía que yo era capaz de hacerlo; la cuestión era si lo haría. El peso de tan repentina responsabilidad había funcionado en mi caso. Pero Kenny no iba a conseguir licenciarse en derecho aprendiendo a hacer rollos de canela, y no tenía la irrefrenable pulsión de cebar a la gente como Charlie o yo.

La cuestión era que Kenny no había regresado a casa hasta el amanecer ese domingo por la mañana. Su toque de queda de los sábados era a las doce de la noche y se había liado una buena. Había sido un día de perros para todos, y yo me fui a casa malhumorada e inquieta y mi única noche en la semana de doce horas de sueño reparador no había surtido el efecto habitual. Me llevé a la cama un té y una tostada y *Muerte inmortal* (uno de mis libros favoritos desde que con once o doce años lo leyerá bajo las sábanas con una linterna) cuando finalmente me levanté esa mañana casi al mediodía, y ni siquiera la realmente memorable escena en la que la heroína escapa del oscuro Otro que ha estado persiguiéndola durante trescientas hojas apelando a su herencia demoníaca (por fin) y convirtiéndose en cascada logró animarme. Me pasé la mayor parte de la tarde limpiando, que es mi otra respuesta estándar al mal humor, y eso tampoco funcionó. Tal vez yo también estuviera preocupada por Kenny. Yo había tenido suerte en mi época de desmadre; puede que él no la tuviera. También me tomaba la calidad de mi harina muy en serio y no me gustaba demasiado nuestro último proveedor en periodo de pruebas.

Cuando llegué a casa de mamá y Charlie esa noche para el lunes de pelis la tensión podía cortarse con un cuchillo. Charlie estaba haciendo palomitas e intentando fingir que todo estaba bien. Kenny estaba de morros, lo que probablemente significara que estaba de resaca aún, porque Kenny no solía estar enfurruñado, y Billy estaba de lo más hiperactivo para cubrirle, sin éxito. Mary y Danny y Liz y Mel estaban allí, y Consuela, la última ayudante de mi madre, que empezaba a revelarse como el mejor golpe de suerte que habíamos tenido en todo el año, y cerca de media docena de nuestros clientes habituales. Emmy y Barry también estaban allí, como ocurría habitualmente

cuando Henry estaba fuera, y Mel estaba jugando con Barry, lo que le dio a mi madre la oportunidad de poner la mirada en blanco en mi dirección, que yo bien sabía que significaba «Mira lo bien que se le dan los niños. Es hora de que tenga los suyos propios». Sí. Y en otros catorce años ese hipotético niño iría al instituto y aprendería mejores y adolescentes maneras de cagarla y volver locos a los adultos.

Quería a todas y cada una de esas personas. Y no podía soportar un minuto más su presencia. Las palomitas y la película nos harían sentir mejor a todos, y al día siguiente había que trabajar, y no te queda mucho hueco libre en la cabeza para preocupaciones si regentas un restaurante familiar. La crisis de Kenny desaparecería como todas las demás, como siempre habían hecho, olvidadas y finalmente sepultadas entre notas de pedidos, cuentas y las increíbles historias con las que los clientes nos entretenían cada día.

Pero la perspectiva de estar sentada allí durante dos horas, incluso con Mel rodeándome con su brazo y reservas infinitas de excelentes palomitas (Charlie no podía dejar de cebar a la gente porque ese fuera su día libre) no era suficiente para ese lunes en concreto. Así que dije que llevaba todo el día con dolor de cabeza (que era cierto) y que me lo había pensado mejor y que me iba a casa a meterme en la cama, y que lo sentía. Salí por la puerta ni cinco minutos después de haber entrado por ella.

Mel fue tras de mí. Una de las cosas buenas que siempre habíamos tenido desde el principio como pareja era nuestra capacidad de no hablar sobre todo. Esas personas que quieren hablar sobre sus sentimientos todo el tiempo, y que quieren que les hables sobre los tuyos, me vuelven loca. Además, Mel conoce a mi madre. No hay nada que discutir. Si mi madre es el rayo, yo soy el árbol más alto de la planicie. Así son las cosas.

Hay dos caras de Mel muy distintas. Está el lado del chico salvaje, duro, el motero. Se ha pulido bastante con el tiempo, pero ese lado seguía estando allí. Y luego estaba esa enorme y extraña serenidad que parecía provenir del hecho de que considera que no tiene nada que demostrar. Esa mezcla de matón anárquico y calmo autocontrol le conferían la capacidad de serenar a la gente a su alrededor, como si fuera la prueba andante de que el aceite y el agua se pueden mezclar. También es genial para esos días en que todos andan a gritos en la cafetería.

Era lunes, así que olía a gasolina y pintura en vez de a ajo y cebollas. Se estaba rascando distraídamente el tatuaje del roble de su hombro. Hacía eso cuando estaba pensando en otra cosa, lo que significaba que lo que quiera que estuviera cocinando o en lo que estuviera trabajando podía acabar generosamente desperdigado sobre su persona en esos días meditabundos.

—Se le pasará, en un día o dos —dijo—. He estado pensando que quizá hable con Kenny.

—Hazlo —le dije—. Estaría bien que viviera lo suficiente para descubrir que no quiere ser abogado.

Kenny quería especializarse en la legislación sobre los Otros, que es la rama de la Ley de aquellos a los que les gusta vivir peligrosamente, pero un abogado sigue siendo un abogado.

Mel gruñó. Probablemente tuviera más motivos que yo para creer que los abogados eran una enorme bacteria botulínica en un traje de tres piezas.

—Disfruta de la peli —dije.

—Sé el motivo por el que te estás escabullendo, cielo —dijo Mel.

—Era el turno de Billy de alquilar la película —dije—. Y odio los westerns.

Mel se rió, me dio un beso y volvió dentro, cerrando con cuidado la puerta tras de sí.

Me quedé en la acera, inquieta. Habría probado con el estante de novedades de la biblioteca, pero los lunes cerraba antes. También podía ir a dar un paseo. No me apetecía leer. No me apetecía contemplar las imaginativas vidas en blanco y negro de otras personas desde mi demasiado poco imaginativa vida. Se estaba haciendo algo tarde para dar un paseo yo sola, incluso por el casco antiguo, y además, tampoco me apetecía caminar. No sabía qué quería.

Deambulé por la calle, me subí a mi coche recién salido del taller y giré la llave. Escuché el saludable ronroneo del motor y de repente decidí que tal vez estaría bien conducir un poco. No era una persona a la que le gustara especialmente conducir. Pero pensé en el lago.

Cuando mi madre aún seguía casada con mi padre teníamos una cabaña de veraneo allí, junto con centenares más de personas. Después de que mis padres se separaran, cogía el autobús hasta allí cada cierto tiempo para ir a ver a mi abuela. No sabía dónde vivía (no era en la cabaña), pero ella me hacía llegar una nota o me llamaba y sugería que

no me había visto en un tiempo y que podíamos vernos en el lago. Mi madre, a quien le habría encantado prohibirme esas visitas (cuando se le metía alguien entre ceja en ceja, se le metía a conciencia, y cuando rompió lazos con mi padre también lo hizo con toda su familia, exceptuándome a mí, a quien demandó tutelar con la misma vehemencia), jamás me lo impidió, pero el resultado de su descontento y desaprobación, que no se molestaba en ocultar, no hizo sino convertir esos viajes al lago en una mayor aventura de lo que tendrían que haber sido, al menos en un principio. Los primeros días yo esperaba que mi abuela hiciera algo drástico, de lo que estaba segura que era muy capaz, pero nunca lo hizo. No fue hasta después de que dejara de esperarlo... pero eso fue más tarde, y para nada era lo que me rondaba en la cabeza en esos momentos. Y entonces, cuando yo tenía diez años, desapareció.

Cuando tenía diez años, las Guerras Vudúes empezaron. No guardaban ninguna relación con el vudú, para nada, pero sí con muchas cosas malas, y algunas de las peores en nuestra zona tuvieron lugar en los alrededores del lago. Muchas de las cabañas fueron quemadas o derruidas, y había unos cuantos lugares alrededor del lago adonde se seguía sin ir salvo que quisieras tener pesadillas o algo peor en los meses posteriores. Debido fundamentalmente a los focos del mal (aunque también al hecho de que no hubiera tanta gente que pudiera tener residencias de verano), una vez las guerras hubieron terminado y los daños fueron más o menos reparados, el lago jamás volvió a ser lo que había sido. La vida agreste estaba apoderándose de él, que en parte era buena señal, porque significa que aún era posible. Había muchos lugares donde nada iba a volver a crecer jamás.

Resultaba de lo más curioso que la única gente que se aventuraba allí con asiduidad fueran los ecologistas radicales, para ver cómo la vida salvaje avanzaba, y cuando las poblaciones urbanas de seres como mapaches, zorros, conejos y ciervos comenzaron a marcharse de la ciudad, empezaron a comportarse de nuevo como los mapaches, zorros, conejos y ciervos se comportaban tiempo atrás. Los ecologistas también llevaban un censo de las águilas predadoras y las martas, y una extraña hierba pantanosa que era otra especie en peligro de extinción, aunque no tan interesante de admirar; a ninguno de los cuales parecía preocuparle la magia humana maligna, o tal vez los focos del mal no hacían que las águilas predadoras y las martas y las hierbas tuvieran pesadillas. Yo iba de tanto en tanto con Mel (veíamos a las águilas con

bastante frecuencia y a las martas solo las habíamos visto una o dos veces, pero la hierba me parecía toda igual), aunque no había estado allí de noche desde que era una cría.

La carretera que llevaba a lo que había sido la cabaña de mis padres era pasable, por decir algo. Salí del coche y fui a sentarme en el porche. Contemplé el lago. La cabaña de mi familia era la única que seguía en pie de esa zona, probablemente porque había pertenecido a mi padre, cuyo nombre siguió siendo relevante incluso durante las Guerras Vudúes. Había un foco del mal hacia el este, pero estaba lo suficientemente alejado como para no causarme problemas, aunque podía sentirlo allí.

Me senté en el porche combado con las piernas colgando por fuera y sentí cómo los problemas del día abandonaban mi interior como si de agua se tratara. El lago estaba hermoso: calmo, casi liso, tan solo unas leves olas chapaleaban en la orilla, y refulgía plateado con la luz de la luna. Había pasado muy buenos momentos allí: primero con mis padres, cuando aún eran felices juntos, y más tarde con mi abuela. Allí sentada empecé a sentir que si permanecía el tiempo suficiente, podría llegar al fondo de lo que me tenía tan malhumorada últimamente, averiguar si había algo peor más allá de una harina de mala calidad y un hermano pequeño un tanto disperso.

No los oí llegar. Pero claro, a los vampiros nunca se les oye llegar.

Poseía cierto conocimiento teórico sobre los Otros por todo lo que había podido leer en la Globalnet sobre ellos (conocimiento fabulosamente embellecido, he de reconocer, por mi adicción a novelas como *Muerte inmortal* y *Cáliz de sangre*), pero disponía de poca información práctica. Tras las Guerras Vudúes, Nueva Arcadia había pasado de ser un lugar provinciano y apartado a la octava ciudad del top diez nacional de ciudades en las que vivir, simplemente porque la mayor parte de ella seguía en pie. Nuestro nuevo rango trajo consigo sus propios problemas. Uno de ellos fue el incremento de la población de chupasangres. No teníamos demasiados aún. Pero ningún lugar de este planeta está libre de los Otros, incluidos los más oscuros, los vampiros.

Es ilegal ser vampiro, técnicamente. De vez en cuando algún pobre estúpido o un tipo con poca suerte es convertido en chupasangres a modo de advertencia o venganza, y en vez de ser adoptado por la

comunidad vampírica (si es que «comunidad» es la palabra adecuada) que lo creó, lo dejan tirado en algún lugar donde pueda ser encontrado por humanos antes de que el sol lo alcance a la mañana siguiente. Y entonces tiene que pasar el resto de su «vida», por decir algo, en una especie de mitad prisión, mitad psiquiátrico, bajo supervisión médica y, por supuesto, vigilado. Había oído, aunque no tenía ni idea de si era verdad, que esa pobre exgente era ejecutada (drogada hasta quedar sin sentido y posteriormente estacada, decapitada y quemada) cuando alcanzaba lo que habría sido su esperanza de vida normal si hubieran estado vivos en el sentido clásico del término.

Una de las causas de las Guerras Vudúes había sido que los vampiros, cansados de ser los únicos de los Tres Grandes (la liga de los Otros) con una legislación específica contra ellos, crearon una gran cantidad de vampiros que dejaron abandonados para que nosotros los humanos los cuidáramos y posteriormente los organizaron (de algún modo) para una rebelión a gran escala. El vampirismo por lo general no hace demasiado por tu personalidad (quiero decir, no hace demasiado bien) y los vampiros habían escogido a la gente más buena posible para convertirlos y enfatizar así su desencanto con el sistema actual. La afiliación a grupos ecologistas, por ejemplo, cayó en picado, casi un cuarenta por ciento, durante las Guerras Vudúes, y un par de importantes organizaciones caritativas tuvieron que cerrar durante unos años.

No es que ninguno de los Otros sea demasiado popular, o que solo fueran los vampiros quienes lucharan contra nosotros durante las guerras. Pero un aspecto importante a tener en cuenta sobre los vampiros es que son los únicos que no pueden ocultar lo que son: deja que un poco de luz del sol los toque y arderán en llamas. Llamas letales. Exposición y destrucción en un mismo pack. Los cambiaformas solo están en peligro una vez al mes, y existen medicamentos que pueden contener la transformación. Esos medicamentos son ilegales, pero también lo son la coca, el caballo, las pastillas y las anfetas. Si quieres medicamentos antitransformación, es fácil conseguirlos (y la mayoría de los cambiaformas lo hacían. Ser un cambiaformas no es tan malo como ser un vampiro, pero es bastante malo). Y muchos demonios tienen un aspecto perfectamente normal. La mayoría tienen alguna que otra costumbre curiosa, pero a menos que vivas con uno y lo pilles comiendo fertilizante para el jardín o piezas viejas de un combobox, o

que le crezcan alas escamosas y se eleve un metro ochenta sobre la cama después de haberse quedado dormido, jamás lo sabrás. Y algunos demonios son de lo más amables, aunque es mejor no contar con ello. (Estoy hablando de los Tres Grandes, como hace todo el mundo, pero «demonio» es un término demasiado genérico, y a menudo acaba significando lo que el oficial de turno al mando quiere que signifique en ese momento).

El resto de los Otros no causa muchos problemas, al menos no oficialmente. Es bastante molón que sospechen que puedas ser un ángel caído, y todo el mundo conoce a alguien con sangre de trasgo o hada. Mary, de la cafetería, por ejemplo. Todos quieren que sea ella la que les sirva el café porque el café que sirve Mary siempre está caliente. No sabe de dónde le viene, pero no niega que tenga que ver con la sangre de alguno de los Otros. Siempre y cuando Mary se limite a ser camarera en la cafetería, el gobierno hará oídos sordos a ese tipo de cosas.

Pero si alguien consigue crear una sustancia que permita a los vampiros salir a la luz del día, conseguirá más dinero en un mes que el total de todas las cuentas bancarias actuales del consejo global. Hay muchos científicos y tarados en sus garajes y patios traseros intentando que suene la flauta, en ambos bandos. El dinero fácil está en el mercado negro, pero es concebible que los científicos lo consigan primero. Es un secreto a voces que se está experimentando con los vampiros en los psiquiátricos; por su bien, claro. Esa es otra consecuencia de las Guerras Vudúes. El consejo global afirma querer «curar» el vampirismo. Pero es poco probable que los científicos vayan a empezar por prenderse fuego a sí mismos. (Al menos no lo creo. Nuestro día festivo de junio es por Hiroshi Gutterman, que consiguió destruir a un montón de vampiros él solo, pero posiblemente no por ser un demonio Naga y cerrar su capucha a prueba de sol en el momento oportuno, porque aparte de no querer ni plantearme siquiera que un Naga purasangre pueda llevar una capucha de cobra lo suficientemente grande, no hay rumores verosímiles de que los chupasangres o bien los científicos estén usando cobras para experimentar con sus pieles).

Hay muchos vampiros ahí fuera. Nadie sabe cuántos, pero muchos. Y los listos, al menos los listos y suertudos, tienden a acumular riqueza. Los chupasangres realmente antiguos son casi siempre muy adinerados. Cuando no hay noticias importantes, puedes tener por seguro que aparecerá en la Globalnet un enorme artículo debatiendo

qué parte del dinero del mundo está realmente en manos de chupasangres, y esos artículos son recogidos de manera automática por toda la prensa local y nacional. Tal vez estemos todos un poco paranoicos. Pero hay otra particularidad sobre los vampiros. Ellos no, bueno, no se reproducen. Oh, sí, crean nuevos vampiros, pero lo hacen con gente ya preexistente. Los cambiaformas y los demonios y demás pueden tener hijos con humanos así como entre sí, y a menudo lo hacen. Al menos en ocasiones esto ocurre porque se quieren y el amor suaviza las aristas de la xenofobia. Circulan por ahí historias increíbles de sexo y orgías con vampiros, pero ningún mito medianamente creíble sobre el nacimiento de un vampiro o medio vampiro.

(Hablando de sexo con chupasangres, las historias más populares tienen que ver con el hecho de que puesto que los vampiros no están vivos, todas sus actividades están sometidas a su control voluntario. Esto incluye las obvias como caminar, hablar y morder a la gente, pero también las involuntarias, como el flujo de su sangre. Una de las primeras historias sobre los vampiros varones que llega a todo adolescente que está despertando a las posibilidades carnales es que pueden aguantar indefinidamente. Yo personalmente me dejé de sonrojar después de mi primera experiencia y descubrí que lo último que quería en un novio era una erección permanente).

Así que los chupasangres están en lo cierto, los humanos los odian de una manera tan vehemente que es contradictoria con nuestra actitud para con los restantes Otros. Pero no es de extrañar. Los vampiros podrían poseer cerca de una quinta parte del capital mundial y son una raza incontestablemente aparte. A los humanos no les gustan tampoco los espíritus malignos ni las lamias, pero el resto de los no muertos no duran mucho, no son muy listos y si uno te muerde, las emergencias de todos los hospitales de la ciudad disponen del antídoto (suponiendo que quede lo suficiente de ti para huir). El consejo global intenta de manera periódica entablar conversaciones con los líderes vampiros para ofrecerles poner fin a la persecución y las restricciones legales, y un suministro inagotable de sangre de cerdo, a cambio de la promesa de que los vampiros dejarán de usar a los humanos como sus presas. En primer lugar eso no puede funcionar porque, si bien los vampiros suelen cazar en grupos, la población vampírica en su totalidad se compone de una serie de pequeños feudos, donde las alianzas son escasas y poco habituales, y por lo general solo se dan

con el objetivo de destruir otro feudo de chupasangres mutuamente intolerable para ellos. En segundo lugar, cuanto más grande es el grupo y más poderoso el amo, menos se mueve este o esta, y abandonar su cuartel general para sentarse a tener esas fingidas conversaciones con el consejo global humano no es tan sencillo. Y tercero, la sangre de cerdo no es demasiado popular entre los vampiros. Probablemente sea como si te ofrecen cava cuando has estado bebiendo toda tu vida *Veuve Clicquot Ponsardin*. (La cafetería tenía licencia para cervezas y vinos, pero Charlie sentía debilidad por el champán. La cafetería de Charlie apareció una vez en una lista de Globalnet como la única cafetería en la que se podía pedir champán por copas. Os sorprendería saber la de gente a la que le gusta tomar espumoso con pastel de carne o incluso con queso untado en pan de centeno).

Vale, estoy un poco obsesionada. Hay gente a la que le gustan los culebrones. Otra es una neurótica del deporte. A mí me gustan las historias sobre los Otros. Además, podemos saber más sobre los Otros en la cafetería (si queremos, claro) porque varios de nuestros clientes habituales trabajan para las FEAO, las Fuerzas Especiales Anti Otros. También conocidos como la poli antichupasangres pues, como he dicho, su principal preocupación son ellos. Mi madre los hace callar cuando los pilla hablando del trabajo en nuestras instalaciones, pero ellos saben que siempre tendrán a un público receptivo en mí. No confiaría en ningún policía más de lo que lo haría en Prometeo, nuestro reluciente monstruo negro que domina la cocina de la cafetería y que es el ojito derecho de Mel (uno entiende la conexión entre motos y cocina cuando ha visto ese horno de uso industrial a plena potencia), pero me caían bien Pat y Jesse.

Nuestros FEAO decían que nadie y nada hará que los vampiros puedan salir a la luz del día, y eso es bueno, porque la luz del día es lo único que evita que se apoderen de las cuatro quintas partes restantes de la economía mundial y conviertan la crianza de humanos en el siguiente sector en crecimiento para los capitales de riesgo. Pero ellos son paranoicos profesionales y no tienen mucha fe en los tipos con batas de laboratorio, ya sean de los legales o de los que no lo son.

Existen historias sobre vampiros buenos como existen sobre esa horrible mujer que, tras una copiosa comida de carne de caballo crudo y del perro de caza y tal vez del cazador o arquero, seguida de una excitante noche en brazos de su amado caballero, se convierte en la

mujer más bella y amable sobre la faz de la tierra; pero, de acuerdo con los antichupasangres, ningún humano ha conocido jamás a un vampiro bueno, o al menos no ha regresado para contarlo, un detalle que lo dice todo, ¿no creéis? Y tal como yo lo veo, el caballo y los perros de caza y el cazador siguen estando muertos, y una no puede más que preguntarse por la moral del caballero en cuestión que acepta unirse a toda esa carnicería y a la diversión y al posterior regocijo en la cama basándose en un dudoso concepto de honor.

Los vampiros matan a gente y succionan su sangre. O más bien al revés. Les gusta que estén vivos y aterrorizados, y les gusta jugar con ellos antes de rematarlos. Otra historia que circula sobre los vampiros es que el único animal doméstico que un vampiro podría tener es el gato, porque los vampiros comprenden el funcionamiento de las mentes de estos. Durante el peor momento de las Guerras Vudúes, todo aquel que viviera solo con un gato era sospechoso de ser un vampiro. Se oían historias de que en algunos lugares donde las guerras habían sido más cruentas, la gente que vivía sola con gatos y que no ardía en llamas bajo la luz del día era quemada. Confió en que no sea cierto, pero podría haber ocurrido. Siempre hay gatos merodeando por la cafetería de Charlie, pero por lo general buscan refugio de la población de ratas local, y son de lo más amigables. Siempre hay muchos más en las noches de luna llena, lo que viene a demostrar que no todos los cambiaformas optan por (o, en el casco antiguo, pueden permitirse) la ruta de la droga.

Así que cuando recuperé la consciencia, el hecho de que siguiera aún con vida y de una pieza no me resultó tranquilizador. Estaba desplomada contra algo situado en el extremo del círculo de una hoguera. Los vampiros pueden ver en la oscuridad y no cocinan su comida, pero parece gustarles jugar con fuego, tal vez de la misma manera en que a los humanos les gusta montar en coches robados o atravesar las vías del tren un instante antes de que este pase.

Salí de mi estado de letargo inquieta y revuelta, y claro está, asustadísima. Me habían impuesto su hálito. Sabía que los vampiros no tenían que rebajarse a utilizar instrumentos romos o poner alguna sustancia en un pañuelo y cubrirte la boca para dejarte inconsciente. Pueden exhalar sobre ti y caes noqueado. No es algo que todos sepan hacer, pero casi todos los vampiros cazan en grupos desde las guerras, y ser el exhalador de una banda se ha convertido en un importante

signo de estatus (de acuerdo con los informes de la Globalnet). Todos ellos pueden desplazarse en completo silencio, sin embargo, y recorrer distancias cortas más rápidamente que nada (bueno, que nada ni nadie vivo). Así que aunque el exhalador no haga bien su trabajo, te atraparán de todas maneras, si eso es lo que quieren.

—Está despertando —dijo una voz.

Jamás había visto antes a un vampiro, ni lo había oído hablar, salvo en la televisión, donde filtran previamente la voz con una especie de tecnología antiglamour para que nadie que esté escuchando salga de su casa y empiece a buscar al dueño de esa voz. No me imagino que un vampiro quiera que quien escuche su voz salte del sofá y empiece a buscarlo, pero no sé cómo piensan los vampiros (ni los gatos, ni las brujas), y tal vez sí que desearan eso. Y luego está también esa historia, porque siempre hay una historia, de que un amo puede modular su voz para que solo una persona en concreto de todos los posibles millones que oyen o ven un programa (y una entrevista con un chupasangres siempre bate récords de audiencia) salte de su silla, etc. No me lo creo, pero me alegro de que usen esa tecnología antiglamour pues, además de todo lo demás que haga, logra que sus voces suenen extrañas. Que suenen a no humanas, pero no humanas de una forma mecánica, como de robot.

Así que, en teoría, supongo que no debería haber sabido que esos tipos eran vampiros. Pero lo supe. Si has sido secuestrado por los más oscuros de los Otros, lo sabes.

En primer lugar, está el olor. No es el olor de una carnicería, tal como cabría esperar, aunque sí tiene ese deje metálico. Pero la carne de una carnicería está muerta. Sé que es una contradicción en términos, pero los vampiros huelen a sangre «viva». Y a algo más. No sé qué es ese algo más. No es ni animal, ni vegetal ni mineral, de acuerdo al menos con mi experiencia. No es atractivo ni desagradable, aunque sí que hace que el corazón te lata a toda velocidad. Supongo que lo llevarán en los genes. Tu cuerpo sabe que eres una presa incluso aunque tu cerebro esté abotargado por el hálito o esté intentando no prestar atención. Es el olor de un vampiro, y tu instinto de correr o huir se apodera de ti.

No existen muchas historias en las que esos instintos te ayuden a escapar. En esos momentos no se me ocurría ninguna.

Y los vampiros no se mueven como humanos. He oído que algunos pueden pasar por humanos (después de que oscurezca) si quieren, y

un juego muy popular entre los humanos es ir a algún lugar donde se rumorea que hay vampiros e intentar distinguir a alguno. Sabía que Kenny y sus amigos lo habían hecho algunas veces. Yo también lo hice a su edad. No es demasiado peligroso si permaneces en grupo y no te adentras en las tierras de nadie que bordean las principales ciudades. Somos una ciudad de tamaño medio y, como he dicho, estamos bastante limpios de vampiros. Sin embargo, no por ello deja de ser estúpido y peligroso hacerlo, más incluso que lo de mi escapada al lago.

Los vampiros alrededor de la hoguera ni se molestaron en no moverse como vampiros.

Como he dicho antes, la tecnología antiglamur hacía que las voces de los chupasangres sonaran extrañas en la televisión, en la radio y en la Globalnet. En persona eran más extrañas incluso. Peculiarmente extrañas. Espantosamente extrañas.

Tal vez tuviera que ver con el hálito. Me desperté, como ya he dicho, revuelta, con mal cuerpo y asustada, pero debería haber estado totalmente histérica y no era así. Sabía que era el final. Los vampiros no cogen a gente y luego deciden que tampoco tenían tanta hambre y la dejan libre. Yo era su cena, y cuando hubiera terminado de serlo, estaría muerta. Pero era como: vale, así son las cosas, mala suerte, maldita sea. Igual que te sentirías si tus vacaciones se hubieran cancelado en el último momento o te hubieras pasado todo el día preparando una fabulosa tarta de cumpleaños para tu novio y se te cayera encima del perro nada más traspasar la puerta de la cocina. *Mierda*. Pero eso es todo.

Seguí tumbada allí, respirando, oyendo los latidos de mi corazón, pero sintiendo ese extraño entumecimiento. Aún estábamos junto al lago. Por lo que podía ver por entre los árboles desde mi posición, seguía siendo una serena y bella noche.

—¿La llevamos ya? —Ese era el que se había percatado de que me había despertado. Estaba un poco apartado de los demás, sentado con la espalda erguida sobre un tocón o una piedra (no podía distinguirlo), como si estuviera haciendo guardia.

—Sí. Eso ha dicho Bo. Pero dice que primero tenemos que vestirla. —Sonó como si fuera él quien estaba al mando. Tal vez fuera el exhalador.

—¿Vestirla? ¿Qué es esto, una fiesta?

—Pensaba que ya habíamos tenido la fiesta mientras... —dijo un tercero. Varios de ellos se echaron a reír. Su risa me puso la carne de

gallina. No era capaz de distinguir formas individuales salvo la del vigilante. No podía ver cuántos eran. Me parecía que las voces que estaba oyendo eran masculinas, pero no estaba segura. Así de extrañas eran las voces de los chupasangres.

—Bo dice... que nuestro invitado está chapado a la antigua. Las damas deben llevar vestido.

Podía sentir cómo me miraban, sentir el brillo de sus ojos con la luz de la hoguera. No miré hacia atrás. Incluso aunque sepas que estás bien jodida, no se mira a los ojos a los vampiros.

—Lo de que es una dama, ejem...

—Da igual. Lo parecerá lo suficiente con un vestido. —Todos se rieron de nuevo. Tal vez yo gimoteara entonces. Uno de los vampiros se separó de la masa borrosa y oscura y se acercó a mí. El corazón se me iba a salir por la boca, pero seguí tumbada, muy quieta. Era extraño, pero estaba empezando a abrirme paso por entre mi entumecimiento, como si pudiera encontrar mi centro de nuevo. Como si ser capaz de pensar con claridad y tranquilidad fuera a valerme de algo. Me pregunté si así era cómo te sentías al levantarte el día en que sabías que ibas a ser ejecutado.

Una de las cosas que tenéis que entender es que no soy una persona valiente. Tampoco me gusta que me anden mareando, y no tolero demasiado bien a los idiotas. En pocas palabras, soy una cabrona. Creedme, puedo daros referencias. Pero eso es otra cosa. No soy valiente. Mel es valiente. Uno de sus mejores amigos me contó en una ocasión algunas historias sobre él que apenas si fui capaz de escuchar, como que hizo de mensajero durante las guerras, y Mel se enfadó cuando se enteró, aunque no negó que hubiera ocurrido. Mi madre es valiente: dejó a mi padre sin tener dinero, trabajo, perspectivas de futuro. (Sus propios padres la habían echado de casa al casarse con mi padre y sus hermanas menores no dieron con ella hasta que reapareció años después en la cafetería de Charlie y con una niña de seis años). Charlie es valiente: abrió una cafetería tras lograr convencer al banco de que le concediera un préstamo con su casa de aval en una época en la que en las calles del casco antiguo solo se veían ratas, cucarachas y ruinas, además de a Charlie.

No soy valiente. Hago rollos de canela. Leo mucho. Mi idea de algo emocionante es que Mel haga un caballito con la moto conmigo de paquete tras saltarse un stop.

El vampiro se colocó delante de mí. No pensé que hubiera recorrido esa distancia. Lo había visto ponerse en pie y separarse del grupo de vampiros. Y entonces ya estaba a mi lado. Le miré la mano cuando la extendió con algo para mí.

—Póntelo.

Yo extendí el brazo a regañadientes y cogí lo que quiera que fuera aquello. Parecía tener las mismas ganas de tocarme que yo de que me tocara él. Aquello que me estaba ofreciendo se deslizó de sus manos a las mías. Se marchó. Intenté observarlo, pero no pude diferenciarlo de las sombras. Ya no estaba allí.

Me puse lentamente de pie y les di la espalda a todos ellos. Tal vez penséis que no se debe dar la espalda a un montón de vampiros, pero ¿queréis ver cómo comprueban la cuerda y la seguridad del nudo corredizo y la palanca de la trampilla o tal vez preferiréis cerrar los ojos? Yo me di la vuelta. Me quité la camiseta por la cabeza y me puse el vestido. Los tirantes apenas cubrían los de mi sujetador y mi cuello y hombros y gran parte de mi espalda y escote quedaban al descubierto. Bufet libre. Muy gracioso. Me quité los vaqueros que aún vestía bajo la falda del vestido, larga y amplia. Seguía de espaldas a ellos. Confiaba en que los vampiros no estuvieran interesados en una comida que al parecer era para otro. No me gustaba darles la espalda, pero no paré de repetirme que no importaba. (Hay guardias que te apresan si la palanca se atasca en el primer intento e intentas escabullirte del cadalso). Me quité con cuidadosa torpeza los pantalones y en el proceso me metí mi pequeña navaja por dentro del sujetador. Simplemente lo hice para sentir que no me había dado por vencida. ¿Qué vas a hacer con una navaja plegable de seis centímetros frente a un montón de vampiros?

Me tuve que quitar las zapatillas para quitarme los pantalones, y las miré con recelo. El vestido era de seda y elegante y no pegaba con las zapatillas, pero tampoco me apetecía ir descalza...

—Eso servirá —dijo el que me había dado el vestido. Reapareció de entre las sombras—. Vamos.

Y extendió la mano y me tocó el brazo.

Físicamente solo me estremecí; en mi interior se produjo toda una revolución. El entumecimiento desapareció y el pánico se abrió paso por mi cuerpo. Me palpitaba la cabeza; si no hubiera sido por esos tensos y aterradores dedos que atenazaban mi brazo, me habría caído. Un segundo vampiro me cogió por el otro brazo. No le había visto

acercarse, pero en ese momento no podía ver ni sentir nada salvo pánico. No importaba que hubieran tenido que tocarme antes (cuando me atraparon y me sumieron en la oscuridad, cuando me llevaron adonde quiera que estuviéramos), en ese momento no había estado consciente. Ahora sí lo estaba.

El entumecimiento (esa extraña sensación de indiferente compostura) se unió al terror en mi interior. Fue una sensación de lo más extraña. El adormecimiento y el pánico pelearon por mi cuerpo espástico, y el adormecimiento venció. Mi cerebro se trastabillaba como un motor frío renuente a ser encendido de nuevo.

Los vampiros me habían arrastrado un trecho mientras todo eso ocurría. A pesar del entumecimiento, noté entonces que llevaban guantes. Como si eso lo solucionara todo, de repente el pánico amainó. Me dolía un pie. Ya me las había apañado para meterlo en algo, invisible en la oscuridad.

El material de los guantes era parecido al cuero. *La piel de qué animal*, pensé.

—Eres callada —me dijo el segundo vampiro—. ¿No vas a rogar por tu vida ni nada? —Se rió.

—Cállate —le dijo el primer vampiro.

No sé por qué lo sabía, pues no podía verlos ni oírlos, pero sabía que los demás vampiros nos estaban siguiendo, salvo por uno o dos que corrían por entre los árboles por delante de nosotros. Tal vez no lo supiera. Quizá estaba imaginándomelo.

No fuimos muy lejos, y avanzamos con lentitud. Por un motivo que desconozco, los dos vampiros que me sostenían dejaron que pisara con mis pies desnudos y temblorosos aquel terreno irregular y oscuro. Si me hubiesen arrastrado, hubiésemos ido más rápido. La luna no se había marchado aún, pero la luz que se filtraba por entre las hojas de los árboles solo me confundía más. No me parecía una zona que conociera, incluso aunque pudiera verla. Me pareció sentir un foco del mal no muy lejos, en el interior del bosque. Me pregunté si los vampiros sentían los focos de la misma forma que los humanos. Todo el mundo se preguntaba si los vampiros tenían algo que ver con la presencia de los focos del mal, pero estos eran un misterio; las Guerras Vudúes habían producido focos del mal, y los vampiros habían sido el principal enemigo en las guerras, pero ni siquiera la Globalnet parecía saber más. Todos en la zona sabían de la presencia de focos del mal

alrededor del lago, ya hubieran ido hasta allí de senderismo o no, pero no había ningún rumor de posibles actividades de chupasangres. Los vampiros suelen preferir las ciudades: presumiblemente por la mayor densidad de población.

Los únicos sonidos eran los que yo hacía, y el leve chapaleo del agua y el crujido de las hojas al moverse con la brisa. La orilla del lago era más rocosa que de marjal, y cuando cruzamos un pequeño e irregular riachuelo, el contacto del agua fría con mis pies me espabiló: *Estoy viva*, pensé.

Mi raciocinio entumecido se percató entonces de que los vampiros aparentemente podían cruzar las aguas, al menos en algunas circunstancias. Tal vez el tamaño del arroyo fuera importante. Observé que mis dos guardias lo habían cruzado de orilla a orilla. Tal vez no quisieran mojarse los zapatos, pues parecían carísimos. No sería nada bueno para las compañías de fosos eléctricos que se supiera que el agua corriente no detenía a los chupasangres.

Podía sentir cómo aumentaba... ¿el qué? Opresión, tensión, suspense, malos presagios. Estaba sintiendo todo eso a la vez. Pero estábamos acercándonos adonde quiera que nos dirigiéramos y a mi escolta no le gustaba tampoco la situación. Me dije a mí misma que eran imaginaciones mías, pero la impresión persistió.

Salimos de los árboles y nos detuvimos. La luz de la luna me hizo pestañear, o tal vez fuera la sorpresa de salir a una zona despejada. Por lo general no te imaginas a vampiros saliendo a zonas abiertas, ni siquiera de noche.

Había habido casas enormes en el lago. Había visto fotos de ellas en revistas, pero nunca había visitado ninguna. Habían sido abandonadas junto con el resto durante las guerras y presumiblemente quemadas o explosionadas o reducidas a escombros. Pero ante mí se alzaba una pendiente con una enorme mansión en la cima. Incluso con la luz de la luna pude ver el mal estado en que se encontraba; le faltaban algunas tejas y contraventanas, y distinguí al menos una ventana rota. Pero seguía en pie. Donde nos encontrábamos, otrora debía de haber habido un césped verde perfectamente cortado y pude ver las cicatrices en el terreno cercano a la casa que debieron de haber sido los caminos del jardín y lechos de flores. Había un cobertizo para lanchas cuyo techo se había desplomado cerca de donde estábamos, en la orilla. El foco del mal estaba cerca: tras la casa, no muy lejos. Me sorprendió que

hubiera un edificio relativamente de una pieza tan cerca de un foco del mal. Había tantas cosas que no sabía de las guerras.

Pero estaba contenta de no saberlo.

—Hora de ponerse en marcha —dijo el teniente de Bo.

Empezaron a subir la pendiente hacia la casa. Los demás habían salido del bosque (donde quiera que hubieran estado mientras tanto) y estaban subiendo tras nosotros tres, mis dos carceleros y yo. Mi sensación de que ninguno de ellos estaba contento creció. Me pregunté si el hecho de que hubieran atravesado el bosque a velocidad humana tenía algo que ver con eso. Alcé la vista al cielo y me pregunté, casi con total tranquilidad, si esa sería la última vez que lo vería. Miré hacia abajo y a ambos lados. La caminata estaba siendo tan penosa en ese punto como lo había sido por entre los árboles. Había algo extraño... pensé en la vieja cabaña de mis padres y en las cabañas y las casitas de campo (o más bien lo que quedaba de ellas) de alrededor. En los diez años que habían transcurrido desde que las guerras habían terminado oficialmente, la maleza había crecido prácticamente alrededor de todas ellas. Debería haber sucedido lo mismo con esa casa. Pensé: *Han estado desbrozando la zona*. Recientemente. Por eso el terreno era tan irregular. Miré de nuevo a ambos lados: ahora que estaba mirando, resultaba obvio que también habían talado árboles. La enorme casa se alzaba, sola, en medio de una amplia extensión de terreno que había sido rudimentaria pero eficazmente desprovista de todo lo que pudiera proyectar una sombra.

Ese detalle no podía haber empeorado más mi situación, pero sin embargo empecé a temblar, cosa que no había hecho antes.

La casa era nuestro destino. Avancé a trompicones. No estaba haciéndolo deliberadamente, como una especie de táctica dilatoria desesperada. Estaba perdiendo la capacidad de mantenerme en pie. Había algo en aquel espacio abierto, lo que este suponía... lo que quiera que me estuviera aguardando. En la renuencia de mis escoltas. En el hecho de que, por tanto, lo que quiera que me aguardara era más terrible que ellos.

Mis carceleros me cogieron y me arrastraron a la fuerza cuando me tambaleé. Los chupasangres son muy fuertes; tal vez ni se percataran de que estaban prácticamente llevando todo mi peso cuando mis rodillas cedieron y mis pies perdieron su agarre en el suelo irregular.

Me subieron a rastras por los últimos escalones hasta llegar a un otrora elegante porche. Las láminas de madera crujieron bajo mi peso

cuando perdí el punto de apoyo, mientras que los vampiros que teníamos a ambos lados avanzaron sin hacer más sonido del que habían hecho al atravesar el bosque. Uno de ellos abrió la puerta delantera y se echó a un lado para que la prisionera y sus guardias entraran primero. Accedimos a un vestíbulo enorme y oscuro; la luz de la luna se filtraba escuetamente por entre las puertas abiertas que teníamos a ambos lados, lo suficiente como para que mis ojos pudieran asimilar lo que tenían ante sí. Probablemente fuera más grande que toda la planta baja de la casa de Charlie y mi madre. En el extremo más alejado, una escalera ascendía en un semicírculo hasta desaparecer en la oscuridad del piso superior.

Giramos a la izquierda y fuimos hasta una puerta entreabierta.

Tenía que ser un salón de baile. Era más grande incluso que el vestíbulo principal. No había mobiliario que yo pudiera ver, pero había algo arriba (su sombra había atraído mi atención hacia allí) que parecía una enorme lámpara de araña, aunque me habría esperado que algo así hubiera sido saqueado años atrás. Cuando cruzamos la sala se me antojaron acres de suelo. Había otro bulto más apoyado contra la pared que teníamos delante de nosotros. *Probablemente un bulto con forma de cuerpo humano*, pensé, confundida. ¿Otro prisionero? ¿Otra cena viviente? ¿Aguardar a ser comido en compañía sería menos terrible que esperar sola? ¿Dónde estaba el invitado chapado a la antigua al que le gustaban los vestidos en vez de los vaqueros y las zapatillas? Oh, dioses y ángeles, que esto se acabe pronto, no podré soportar mucho más...

El bulto era alguien sentado con las piernas cruzadas, la cabeza gacha y los antebrazos apoyados en las rodillas. No me percaté hasta que levantó la cabeza con un movimiento líquido, inhumano, que era otro vampiro.

Retrocedí de un brinco. No quise hacerlo. Sabía que no había manera de escapar. Pero no pude evitarlo. El vampiro a mi izquierda, el que me había preguntado que por qué no rogaba por mi vida, rió de nuevo.

—Después de todo hay algo de vida en ti, chica. Estaba preguntándomelo. A Bo no le gustaría enterarse de que hemos cogido a alguien así. Quiere que nuestro invitado esté de buen humor.

El teniente de Bo dijo una vez más:

—Cállate.

Uno de los otros vampiros se deslizó hacia nosotros y le dio algo a su teniente. Se lo pasaron entre ellos como si no fuera más que un pañuelo, pero hizo un ruido metálico.

El teniente de Bo dijo:

—Sujétala. —Me soltó el brazo y me cogió el pie, como haría un carpintero con su martillo. Me habría caído de bruces de no ser porque el otro vampiro me sostuvo con rapidez. Sentí algo frío alrededor de mi tobillo y, cuando dejó caer mi pie de nuevo, este se precipitó al suelo con tanta fuerza que me hice daño en la planta por culpa del nuevo peso añadido. Llevaba un grillete de metal, unido a su vez a una cadena. El vampiro que se lo había traído al teniente de Bo tiró del extremo de la cadena y la ajustó en un aro en la pared.

—¿Cuántos días han pasado, Connie? —preguntó en voz baja el teniente de Bo—. ¿Diez? ¿Doce? ¿Veinte? Es joven, suave y cálida. Totalmente encantadora. Bo nos dijo que te trajéramos a una que fuera guapa. Es toda para ti. No la hemos tocado.

Pensé en los guantes.

Estaba retrocediendo despacio mientras hablaba, como si el vampiro que estaba sentado de brazos cruzados fuera a saltarle encima. El vampiro que me agarraba parecía estar mirando de reojo al teniente de Bo y entonces, con un siseo repentino de esos que te hielan la sangre, me soltó y corrió tras él y los demás, que estaban disolviéndose entre las sombras, como si estuvieran temerosos de quedarse atrás.

Caí al suelo y, por un momento, medio aturdida como estaba, no pude moverme.

En esos momentos el grupo de vampiros estaba, con esa repentina rapidez propia de ellos, al otro lado de la enorme sala, junto a la puerta. Creo que fue el teniente de Bo quien, no vi cómo, hizo algún tipo de gesto, y la lámpara se encendió.

—Querrás echarle un ojo a lo que te hemos conseguido —dijo, y ahora que se estaba marchando su voz sonó desdeñosa y fuerte—. Bo no quiere que pienses que te hemos traído cualquier cosa. Y bueno, ya sé que no necesitas la luz, pero es más divertido si ella puede verte, ¿no?

El vampiro que me había soltado dijo:

—Eh, los pies ya le sangran. Si es que te van los pies. —Rió, una risita estridente y aguda de trago.

Y entonces se fueron.